

lucha y tuvo la efectividad del coronelato el 22 de agosto del mismo año 1904.

A la conclusión de la guerra con el vencimiento de los nacionalistas en el mes de setiembre, Acuña pasó a revistar en situación de cuartel, viviendo hasta el 9 de enero de 1914, en que murió en Montevideo, donde había venido a asistirse.

ACUÑA DE FIGUEROA, FRAN- CISCO Esteban

Primer poeta nacional, que figura, asimismo, en puesto de distinción entre los poetas de habla castellana de su época.

Vió la primera luz en Montevideo el 3 de setiembre de 1791, hijo de Jacinto Acuña y Figueroa, español que alcanzó elevados destinos en la administración colonial, y de Jacinta Vianqui, porteña.

Conforme al rango oficial y a los posibles de su familia, luego que hizo los primeros estudios en colegios de la ciudad natal, pasó a perfeccionarlos en Buenos Aires, donde tuvo por maestro al presbítero Juan Domingo Achega, que le enseñó latín y lo hizo penetrar en la entraña de sus poetas.

Reintegrado a Montevideo, obtuvo en 1807 un cargo en la Oficina de Hacienda, de la cual era jefe su padre, y mientras tanto dedicábase al cultivo de las letras. Fruto de estos ensayos fué una oda en celebración de la victoria obtenida en la guerra de la Península por el ejér-

cito combinado sobre las tropas del francés Massena, impresa con tipos de la Gaceta de Montevideo, el año 1811. "Obra detestable en octavas reales". —a juicio de Gustavo Gallinal— tiene el mérito de ser el primer opúsculo de pluma uruguaya aparecido en el país en letras de molde.

En esta tranquila situación burocrática encontró al aficionado poeta la revolución de Mayo de 1810. Al año siguiente vino el alzamiento de la provincia en armas por la patria, y las huestes libertadoras triunfantes no demoraron en presentarse a sitiarse a los españoles en Montevideo.

La posición de los suyos, sus principios y su calidad de funcionario, debían atarlo y retenerlo como lo retuvieron en la ciudad, pero Figueroa, con encomiable sinceridad confesó, también, muchos años más tarde "no haber comprendido en su hora el impulso regenerador del movimiento americano, asustado por la conmoción que sufría el antiguo orden social".

En esta tesitura, mientras la guerra iba arreciando para tocarle de tan cerca como el día en que su hermano Claudio, oficial del Rey, sucumbió víctima de las heridas recibidas en el combate del Cerrito, Acuña de Figueroa dedicóse a rimar, en varios metros y a escondidas de los suyos, el relato diario de todos los sucesos bélicos —grandes y chicos— que tenían por teatro la ciudad o venían a conocimiento suyo durante el curso del asedio, principiado el 1º de octubre de 1812

para terminar el 23 de junio de 1814, con la entrega de la plaza por el español Vigodet.

Consiguió, mediante engaños, a la caída de la ciudad, escapar de Montevideo sin que lo incomodaran los patriotas, yendo a refugiarse en la Villa de Maldonado donde todavía ondeaban las banderas españolas, pero la villa no tardó mucho en hallarse en manos del artiguista Olivera el 18 de setiembre de 1814.

Según sus propios dichos, tuvo Figueroa vehemente tentación de plegarse a los soldados de la patria y pretende explicar las causas por qué no lo hizo, pero lo cierto es que merced al dinero que le proporcionó una amiga, pudo embarcar en secreto, rumbo al Brasil, el 4 de octubre, arribando a Santa Catalina a los pocos días, y a Río Janeiro el 23 de noviembre.

En Río buscó naturalmente el apoyo de la gente oficial portuguesa y, a título de que se trataba de un realista fugitivo, el Ministro de España le proporcionó modos de ganarse la vida, hasta que puso proa a Montevideo en el año 18, cuando la Banda Oriental había sido conquistada por los portugueses y gobernaba en ella Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, a quien venía recomendado. Lecor, de entrada no más, le proporcionó un destino administrativo para mejorarlo pronto y mandarlo más tarde a Maldonado en calidad de Ministro de Hacienda y Colector de Aduana. En esta ciudad, fatal ya otrora para Acuña, lo sorprendió el pronuncia-

miento patriota del año 25 y cuando los independientes se hicieron dueños de la plaza vino a quedar en calidad de prisionero, aunque sin que se le molestara para nada.

Descubiertas, a poco, sus relaciones subrepticias con los imperiales de Montevideo, se le fijó domicilio en San Carlos, de donde consiguió fugarse llevando consigo el acta original del juramento de la Constitución brasileña, que había sustraído en Maldonado, y la cual se apresuró a poner en manos de Lecor inmediatamente de arribar a Montevideo.

Liberada la Provincia Cisplatina tras sangrientas alternativas, la nación libre y soberana de 1830, a pesar de los revueltos antecedentes de realista, aportuguesado e imperial de Acuña de Figueroa, no lo desconoció como hijo cuando se acercó a las autoridades de la joven República, llevando en sus manos la ofrenda de una canción patriótica. Logrado este contacto lo demás venía de por sí, pues el poeta, sobre ser hombre de carácter maleable, poseía una reconocida competencia de burócrata que lo recomendaba para el empleo que consiguió, pronto, en la Aduana de la capital.

Después de este destino sirvió siete años en la dirección de la Biblioteca y Museo Públicos, cargo al que no se sentía atraído, no obstante su calidad de hombre de letras, y del cual pasó a la Tesorería de la Nación en 1841, siendo Ministro de Hacienda José de Bejar.

Censor de Teatros cuando la co-

misión de este nombre se creó el 29 de agosto de 1837, teniendo por colegas a Bernardo P. Berro y a Florentino Castellanos, tuvo asimismo un sitio en el Instituto de Instrucción Pública.

En la Defensa de Montevideo, fué miembro de la Asamblea de Notables de 1846 a 1851 y en el seno de la corporación presentó el 24 de setiembre de 1846, un proyecto otorgando al general Rivera el título de Gran Mariscal. Votada favorablemente la moción, el conquistador de Misiones tuvo el suficiente tino para rehusarlo. Figuraba el vate en esos días como admirador entusiasta de Rivera, pero, en la hora de la declinación del caudillo, no tomó su defensa con igual empeño.

Hombre sin verdaderas convicciones políticas no tuvo tampoco convicciones religiosas. Su lira vibró en honor de todos los ciudadanos que se sucedieron en el mando superior de la República y con la misma pluma que escribió el "Dies Irae" y la "Salve multiforme", escribió el elogio de la Masonería y rimó anatemas contra los jesuitas.

Acuña de Figueroa no fué un varón de Plutarco, y no hay para que ocultarlo. "Intentar —dice Gustavo Gallinal en un reciente estudio de rara valentía— la santificación de todos los personajes de nuestra edad heroica, haciendo desfilar bajo arcos de papel pintado, figuras irreprochables, austeras, deshumanizadas, en vez de hombres de carne y hueso, es falsear inútil y transitoriamente la verdad histórica."

Pero los aspectos de su personalidad son accesorios cuando se le focaliza literariamente, pues Acuña de Figueroa fué sin duda alguna nuestro primer hombre de letras y sigue siendo una personalidad en el parnaso de indo-América.

La parte publicada de sus versos comprende doce tomos y "la lectura de su obra copiosa y desigual evoca una personalidad inconfundible y de original perfil" en las letras uruguayas. "Es —se ha dicho con razón— la figura central de la primera época de nuestra vida literaria" y "sobrepasa a todos los que en torno suyo se entretuvieron riñendo ocios robados a la política, a la administración y a la iglesia".

Procedente de un modo absoluto de la poesía española del siglo XVII, realizada su natural calidad por un sólido fondo de cultura clásica y "buen latinista, dominaba varias lenguas modernas y escribía en ellas con mucha soltura".

Como escritor satírico dejó un caudal de epigramas que no iguala en nuestra lengua ningún otro. Adelantándose a la observación venidera de Menéndez y Pelayo de que no todos son originales, el poeta había hecho constar con lustros de anticipación, que eran de plena propiedad suya —o sea originales— la tercera parte de ellos.

Cantor de la patria, aunque tardío, presentó a las autoridades del país el 8 de julio de 1833 el primer himno nacional y cuando éste llevaba ya tiempo de vigencia, ofreció al gobierno de la República una ver-

sión reformada de su canto, versión que se declaró letra oficial del Himno Nacional y se oyó por primera vez en Montevideo el 18 de julio de 1845 con música de Fernando Quijano, instrumentada por el profesor Maestro Mayor de la Guardia Nacional, José Debali. El poeta había suprimido de la vieja canción las destempladas y hasta crueles alusiones a España, Portugal y Brasil, que contenía el primer himno.

Asimismo, compuso la letra del Himno Patriótico destinado a la República del Paraguay, que la esposa del general Rivera puso en manos de unos delegados especiales de aquella nación, venidos a Montevideo, canción que más tarde fué oficializada como himno del país hermano.

Estimado de todos por su sencillez y su bonhomía, fué hombre de carácter alegre, convidado infalible de todas las fiestas, entusiasta de las corridas de toros y frecuentador de los refideros de gallos, cuya vida transcurrió en un límite de posibles tan estrechos como podían corresponderle a un jubilado de la nación en tiempos en que el erario pasaba por las más extremas penurias. "Dió el ejemplo, único en su tiempo y en su medio, de vocación literaria absorbente; único en esa vocación entrañable y exclusiva entre los hombres de su generación, sólo aspiró a ser poeta". Acertó Menéndez y Pelayo cuando vió en la obra total de Figueroa una especie de crónica de las costumbres de Montevideo durante más de medio siglo.

"Sólo al morir soltó su mano la pluma nunca ociosa."

El 6 de octubre de 1862, de vuelta de la Villa de la Unión, en casa de una gente amiga de la calle Treinta y Tres, donde estaba de visita, sufrió un ataque repentino que lo victimó.

Estudiada con merecido interés la obra poética de Acuña de Figueroa por eminentes críticos de España y de América y por los nuestros, desde luego, con más razón, y existiendo por lo tanto una copiosa bibliografía que facilita el pleno conocimiento y la apreciación de su labor enfocada desde todos los puntos de vista, la vida del hombre, menos contemplada, es la que tiene que constituir como constituye el fondo de esta ficha.

Juzgando en síntesis la personalidad literaria de Acuña de Figueroa, Alberto Zum Felde lo considera como la figura más importante de las letras clasicistas en el Plata; en América, una de las culminaciones literarias de esa escuela, junto con Heredia, Olmedo y Bello; y dentro del cuadro más amplio de las letras castellanas, un poeta burlesco que puede alternar con los mejores clásicos.

Sus versos están a estas horas, por otro lado, a la mano de la generalidad de los lectores, aunque el poeta no pudo alcanzar a ver impresa sino una parte mínima de sus composiciones, siendo la primera, después de la que se citó al comienzo, salida de las prensas de "La Gaceta", su "Saludo a la Jura de la

ACH

Constitución", publicado en 1830, el "Dies Irae" y el "Sacris Solemnis", folleto de 1835 y el "Mosaico Poético", selección de versos aparecido en 1857.

Después vieron luz, separadamente, algunas composiciones cortas como las Reglas del Mus, y tal cual colecta de epigramas; pero la edición formal de su obra no apareció hasta 1890. La iniciativa arrancaba sin embargo de agosto de 1885, fecha en que el presidente Santos nombró una comisión formada por los Dres. Pedro Mascaró, Director de la Biblioteca Nacional, Alfredo Vázquez Acevedo y Joaquín Serralta, para que estudiaran los manuscritos existentes en la Biblioteca y resolvieran acerca de su publicación por el Estado.